

Nunca nos satisfizo plenamente el intuicionismo bergsoniano. Hay otras vías para la intuición, la poesía, por ejemplo, «La filosofía requiere rigor intelectual». No estamos de acuerdo con el autor y creemos que ha de variar su opinión frente al medio en que ahora se encuentra. Hay una adherencia a la raza, al paisaje, al pueblo que son más terminantes que un propósito exclusivo de higiene intelectual. Confiamos en que Díaz Casanueva nos dé el trabajo sobre la relación de Unamuno con Kierkegaard que tanto le hemos solicitado, especialmente ahora en que Kierkegaard comienza a preocupar intensamente.

Naturalmente que el trabajo de Díaz Casanueva no se agota en darnos la imagen de Ortega. El aplica su filosofía a la ciencia de la educación, contribuyendo así enormemente al viraje antropológico que cumple la educación en la actualidad, a la claridad sobre sus fundamentos metafísicos, a la constatación de una imagen del hombre que debe presidir todo ejercicio pedagógico. En tal sentido su trabajo constituye una defensa de su maestro, Peter Petersen, cuya escuela de Jena es el mejor ensayo pedagógico que se realiza en Alemania.—GERTRUD SCHMIT, Hamburgo.



VERANO DE 1914, por Roger Martín du Gard.—Editorial Ercilla

El recio novelador de *Los Thibault* no podía encontrar mejor manera de entrar al conocimiento del público de nuestra América, que al través de estas páginas densas y estremecidas cuya grandeza, si recuerda por algunos aspectos la de la *Comedia Humana* de Balzac, por otros nos evoca en su fervor y en su saturación de ideas y pensamientos, la incomparable *Montaña Mágica* del expatriado del III Reich: Thomas Mann. Nuestro autor es de aquéllos que trabajan pacienzudamente sus obras: varios años median generalmente entre una y otra de ellas y la aparición de *Verano de 1914* fué precedida de un inquietante, pero

Secundo silencio de siete años. ¿Qué cosa es este *Verano de 1914*? Podría definírsele como una instantánea aprisionada por la cámara del novelista de la vida y acción de los diversos centros de lucha social y revolucionaria de Europa, en la víspera de la declaración de guerra, en agosto del año citado. Esta es la base sobre la cual se sostiene el libro. La información que el autor revela poseer al respecto es verdaderamente asombrosa: las grandes figuras conocidas del momento, de uno u otro lado de la barricada, están trazadas con rasgos de primera mano. Sobre estos cimientos se desenvuelve la vida romántica y desconcertante de Jacobo Thibault, con sus luchas, sus sueños y sus amores y sobre todo con el patetismo de su vida consagrada por entero a luchar por la paz universal. Al lado suyo, las demás son figuras secundarias: su hermano Antonio, el médico enamorado de su ciencia y horrorizado de todo cuanto pueda venir a alterar el ritmo y el orden sobre el cual ha construido su vida; el Piloto Meynestrel, el gran luchador vencido por un amor apasionado e infeliz que se atraviesa en su camino; Jenny de Fontanin, la heroína romántica a quien toca beber el cáliz máximo del dolor; Jean Jaurés, «el Patrón» a quien una bala chauvinista abate en mitad de su acción pacificadora; Daniel Fontanin, el amigo de infancia del protagonista, soldado y artista pintor, a quien las circunstancias empujan de los primeros a la hoguera; Mithoerg, el exaltado; Anna, la sensualidad ininteligente; Alfreda la «camarada» desconcertante, y en fin todos los jefes y lugartenientes del movimiento socialista europeo, que desde Ginebra entran y salen al través de las fronteras, buscando una aproximación efectiva entre las muchedumbres de uno y otro lado de ellas. El final elaborado por el novelista, adquiere toda la categoría de un enorme símbolo; su significado desborda lo puramente individual y deja en el ánimo del lector un formidable interrogativo: ¿el sacrificio de Jacobo y de Meynestrel, abatidos de su avión en llamas, aspira a mostrar todo el horror del ideal perdido, del sacrificio estéril, de la derrota definitiva de su gran

causa? Las obras futuras del novelista nos lo dirán. Mientras tanto, digamos que el escritor que ha trazado tan enorme cuadro de vidas individuales en un plano de tanto patetismo y tan humana realidad, se tiene bien ganado el Premio Nobel de Literatura con que la Academia de Suecia lo acaba de distinguir.—
JUAN MARIN.



SUCRE, por *Juan Oropesa*.—Editorial Ziz-Zag.

En la constelación de héroes que brilla en el cielo de América en los albores de la Independencia, ninguno tiene más títulos a la simpatía y reconocimiento de la posteridad que don Antonio José de Sucre, Mariscal de Ayacucho. Lo dió todo y no pidió nada; no temió al encuentro con el enemigo, pero sí a las astucias de la diplomacia y a los halagos del triunfo; impulsado por la necesidad, asumió siempre el primer puesto en el momento del peligro, y se ocultó en el momento de repartir honores y botines, declinando su gloria en la apuesta figura de Bolívar, a quien con ternura filial llamaba padre, y retirándose a la soledad a escribir una carta digna y respetuosa al único amor de su vida, la joven marquesa de Solanda.

Los rasgos apolíneos de la fisonomía moral de Sucre contrastan singularmente con la turbulencia de los caudillos que lo circundan, en cuya sangre bulle el valor tumultuoso y la arrogancia insolente de los mestizos. La superioridad de las aptitudes sobre las ambiciones; un sentido de la disciplina que es innato y se robustece por una visión de conjunto que permite ver las limitaciones de la actuación personal; un valor lúcido, hecho más de despego por la propia vida que de odio al enemigo, en quien veía el instrumento ocasional de una resistencia pasajera; una sobriedad rayana en el ascetismo; un concepto de la grandeza de su misión que lo hace oír con desprecio las injurias de